

Publicaciones de 
"filosofía y Letras"

I. Las teorías estéticas de Cervantes,
por Adolfo Bonilla y San Martín.

II. Cronología de las antigüedades
Ibéricas ante-romanas, por José Ra-
món Mélida. (Tres conferencias.)

José Ramón Mélida

Cronología de las antigüedades
Ibéricas ante-romanas :: :: ::

== 1916 ==

A D. Jorge Bomor
u buen amigo

T. R. Melida

Cronología de las antigüedades Ibéricas ante-romanas :: :: ::

(Publicado por "Filosofía
y Letras" en Septiembre
y Octubre de 1916) :: :: ::

por
José Ramón Mélida

Catedrático de la Universidad Central

Imp. de EL MENTIDERO
Carrera de San Francis-
co, 13 :: Madrid :: :: ::



Estas conferencias han sido pronunciadas en el Ateneo de Madrid en Mayo de 1916, tomadas taquígráficamente para "Filosofía y Letras" y corregidas por su autor.



Cronología de las antigüedades

Ibéricas ante-romanas " " "

Primera conferencia

He titubeado un poco antes de traer este tema a la cátedra del Ateneo. Tenía cierto temor de que apareciera de poco interés para la generalidad del público. Pero convencido, sin embargo, de que es el problema que más urge resolver el que está sobre el tapete, por decirlo así, y que interesa a todos cuantos se ocupan de nuestra Historia; porque los mismos historiadores tienen que acudir a las conquistas de la Arqueología para llenar no pocas páginas de sus libros, puesto que no hay otros datos de ciertos períodos remotos que las mismas antigüedades, he considerado que era de interés bastante el tema, y con él correspondía mejor a la bondad con que el señor presidente de la Sección de Artes Plásticas me ha invitado a tomar parte en esta serie de conferencias.

Efectivamente, se trata de un tema que ha sido ya objeto de discusión y lo sigue siendo. No pretendo yo venir a resolverlo, pues es problema que ha de tardar seguramente en resolverse en definitiva. Creo que estamos todos en el deber de aportar nuestro esfuerzo, tanto más ahora que se viene debatiendo sobre ello. Los arqueólogos españoles en monografías, en estudios sueltos, ya hemos dicho algo sobre el particular en la parte concerniente a esos estudios; pero importa realmente tomarlos desde un punto de vista general. Y dicho esto, creo inútil añadir que lo que yo vengo a decir es un avance, un ensayo.

El nunca bastante llorado don Marcelino Menéndez y Pelayo escribió en los últimos días de su vida un libro que ha sido una verdadera sorpresa para los arqueólogos, puesto que, como es sabido, no se había dedicado a estos estudios. Me refiero, claro es, al tomo primero de la nueva edición de la «Historia de los heterodoxos españoles». Dice al comienzo que lo que había sido cuatro páginas en la primera edición, ahora es un tomo, y aun dice que tenía bastante materia para llenar otro, que, desgraciadamente, no ha dejado escrito, y al tomar en cuenta la serie de descubrimientos, de investigaciones que hoy llenan el cuadro de la arqueología nacional, consigna que es una materia dispersa y no clasificada. Así es en verdad. Desde luego, el tomar en cuenta la confusión que existe entre las antigüedades prehistóricas, y lo que algunos historiadores han llamado protohistóricas, dice que esta calificación de protohistóricas no tiene, a su juicio, razón

de ser, puesto que «no existe verdadero conocimiento histórico, cuando no existe cronología, ni sabemos siquiera el nombre de las gentes que primitivamente poblaron nuestra Península. Pero aunque sean anónimos esos primitivos pobladores, el hecho es que para el arqueólogo, como no hay documentos más fehacientes que las antigüedades mismas, ellas son para el caso documentos históricos, y como tal tienen que considerarse. Además, la variedad de antigüedades que se han encontrado en nuestra Península ha aumentado la confusión. Aun las antigüedades prehistóricas de los tiempos paleolíticos están, por fortuna, bastante conocidas y determinadas; pero ya desde los tiempos neolíticos, y sobre todo desde que se advierte la presencia del metal, y con él el comienzo de ciertas clases de industrias y de conatos artísticos, entonces ya empieza verdaderamente la confusión; ya no se sabe si muchas antigüedades de esas distan poco tiempo de la dominación romana, de una época conocida de nuestra Historia, o, por el contrario, las separan muchos siglos. La confusión existe, pues, en lo que se llama las edades del Metal... ¡Y es que cuesta trabajo comprender que durante muchos y muchos siglos la humanidad haya permanecido cultivando sus industrias, sin el conocimiento, por ejemplo, de los metales, o sin conocimiento ninguno del hierro, o por lo menos de darles aplicaciones prácticas, y, sin embargo, así es y así hay que aceptarlo; de modo que para la Arqueología, la historia anterromana comprende muchos siglos, y de esto es de lo que hay que darse verdadera

cuenta. Hasta hace poco tiempo, que en España se ha comenzado a hacer excavaciones, la verdad es que la Arqueología ha sido obligadamente ciencia de gabinete, y, claro es, se ha tratado de resolver muchos de estos problemas acudiendo, unos, al estudio de los textos clásicos, en cuanto nos dan noticias de la antigua población de España, de las colonizaciones de fenicios y griegos, de la venida de los cartagineses, etc.; otros, acudiendo a la lingüística, han tratado también de esclarecer el problema. Claro está que unos y otros, en un campo que no se remonta a los verdaderos tiempos prehistóricos. La clasificación de antigüedades que por ese sistema se ha hecho, ya se ha visto que estaba sujeta a rectificaciones. En cuanto a textos clásicos, el más antiguo es el antiguo periplo, que se supone sea de un massaliota, y se cree data del siglo vi antes de Jesucristo; texto que nos es conocido por la «Ora marítima», de Rufo Fexto Avieno, que, como se sabe, fué procónsul de África en tiempos de Valentiniano, en el siglo iv de J. C. El otro texto es de autor conocido, de Piteas, también massaliota, al que llama Hübner con alguna razón el Colón de la antigüedad, porque se aventura más allá de las columnas de Hércules y es el que da noticias de las poblaciones de las costas de Francia, que llegó hasta Escocia y parece haber sido testigo presencial de la venida de los celtas a España. La fecha de este viaje se coloca entre 340 a 330 antes de Jesucristo. Pero, claro está: estas fechas son muy recientes para las que arrojan los descubrimientos de antigüedades, porque, en suma,

unas y otras se refieren a la Edad del Hierro, época en la cual España estaba ya bastante civilizada por los colonizadores fenicios y griegos.

El geógrafo Strabón, que da tan puntuales noticias de los antiguos pobladores de España, es por quien se ha podido reconstituir en su mayor parte la antigua geografía romana de la Península. Es un escritor cuya vida transcurre entre el año 66 al 24 antes de Jesucristo, es del tiempo del Emperador Augusto. Por consiguiente, lo que él dice se refiere a la España acabada de conquistar por los romanos; y aunque bien se comprende que esa población era de origen antiguo, claro está que tampoco estas noticias nos sirven mas que para la Edad de Hierro. No resuelven, pues, la cuestión los únicos datos históricos que hay, los cuales no constituyen una verdadera historia anterromana; porque de esta historia, al ser así, ¿qué queda? Quedan las antigüedades mismas, pero éstas es imposible que nos sirvan para el caso sin un estudio comparativo con las antigüedades de los pueblos históricos, que están ya clasificadas. Porque se ha podido seguir muy bien la sucesión que ha tenido el arte, la industria, etcétera, pero en los casos en que esa comparación no sirve porque se trata de productos indígenas, ¿cuál ha de ser la guía del arqueólogo? En este punto es donde realmente están las lagunas, los casos oscuros y difíciles de ventilar.

En cuanto a las gentes que han venido a España y de que dan conocimiento esos escritores, resulta que los datos étnicos tampoco son

suficientes. Desde luego, no sabemos quiénes son los hombres cuaternarios. En cuanto a los iberos, Strabón distingue los orientales de los occidentales. Parece que estos últimos proceden de aquéllos; pero ¿son estos ibéricos los hombres neolíticos, como pretende Siret? Realmente no es posible asegurarlo. Es corriente, sobre todo en los autores de manuales de historia, una especie de lugar común respecto a la antigua población de España, pues dicen que los primitivos pobladores fueron los iberos y celtas, y éste es un punto que conviene corregir, en cuanto a la venida de los celtas, porque dicho así, en esta forma, los antiguos pobladores han sido los iberos y los celtas. Entonces, todo lo que añaden estos autores a continuación, de colonizaciones de fenicios y griegos, ha de entenderse que es de la España ibérica y céltica, y, sin embargo, no es así. Han venido antes que los celtas los fenicios, bastante antes, y los griegos y los celtas, a lo que parece, han venido entre el siglo vi y el iv antes de Jesucristo. De creer a Pitheas hemos de entender que la presencia de los celtas en el Mediodía era cosa reciente. Pero no hay que olvidar que su invasión y fusión debió ser obra del tiempo. Ahora bien; los hallazgos de Siret y el estudio que de ellos se ha hecho permiten admitir que han venido en el siglo vi. Y el señor Bonsor ha descubierto en la vega de Carmona una sepultura en la que se manifiesta la industria cartaginesa en España, con objetos que revelan la presencia de los celtas. Por consiguiente, esta gente debió venir en el siglo vi, cuando vienen también los cartagineses; por

donde pudiera conjeturarse que los celtas hayan sido unos invasores de la España cartaginesa. En cuanto a los iberos, se supone su invasión en una época remota indeterminada. Todavía existen otras gentes en España: los vascones, raza muy antigua, hoy reducida a una sola región; pero se ha sostenido, con bastantes visos de certidumbre, que su lengua es la primitiva de España. Además de estas gentes tenemos que considerar los colonizadores. Desde luego hay que entender que los primeros fenicios que han venido a España son sidonitas. Estos han venido, a lo que parece, en el siglo XIV antes de Jesucristo. Por ese mismo tiempo se sabe que han venido griegos de la isla de Rhodas a las islas Baleares; y justamente la Arqueología viene a confirmar que en tiempos remotos se ha desarrollado una civilización prehelénica en el mar Egeo, la Grecia y parte de Asia Menor. En el siglo XII antes de Jesucristo han venido los fenicios de Tiro y han fundado a Cádiz, que es el hecho más importante de la colonización fenicia en España; y debo añadir que esa fundación de Cádiz, que se coloca hacia el año 1100 antes de Jesucristo, es una fecha que coincide con un movimiento étnico importantísimo en la historia general. Me refiero a la invasión de los Dorios en Grecia, ocurrida al propio tiempo, y que es la que da fin a aquellos pequeños emporios de la civilización antehelénica, que desde los días remotos de Troya hasta los días de Micenas se han desarrollado en el mar Egeo. Acaso por el movimiento étnico que por aquel tiempo se produce, los fenicios han venido a España al mismo



tiempo que los dorios a Grecia, dispersando a sus pobladores primitivos. Dichos fenicios, tirios, son los que además de fundar a Cádiz establecen en todo el litoral del Mediodía de España aquella serie de factorías, aquella serie de pesquerías, aquella serie de centros comerciales, que habían de tener influencia en la civilización del país, y más tarde, en el siglo VI, los descubrimientos de Ampurias permiten asegurarlo, se fundara este centro comercial griego, y fundado por gente focea, es decir, gentes de Marsella, pero dependiendo, naturalmente, de la Focea, y en la época de preponderancia de los foceos en el comercio y en la navegación del Mediterráneo. Es ésta una época importante en España, porque esa colonia griega, que no es única, da por resultado el desarrollo comercial en las costas orientales de España, donde la influencia griega se deja sentir. Y como al poco tiempo vienen los cartagineses y los celtas, esa época lo es de verdadera transformación de nuestra Península, preparando el movimiento de civilizaciones que forman el cuadro de la segunda Edad del Hierro en España. Como bien se ve, el cuadro es vasto, pero ¿acaso es esto sólo? ¿Y los tiempos propiamente prehistóricos, tiempos en que necesariamente se ha desarrollado durante muchos siglos un estado de cultura a través de la Península? Es imposible excluirla.

En general, los límites de la cronología de las antigüedades de la Península comienzan por las hachas de piedra descubiertas en el yacimiento de Torralba, que son las más antiguas que se conocen, y terminan históricamente el

año 133, que es la fecha de la destrucción de Numancia por Escipión. Pero es indispensable establecer naturalmente una cronología, y hemos de acudir a la división admitida de las tres edades: la Edad de Piedra, la de Bronce y la de Hierro. Ahora bien; ¿qué límites se dan a estas edades? Porque el caso se ofrece muy distinto, según la índole de antigüedades de que se trate. En la prehistoria, en las edades de la Piedra, hay una división que se impone; esta división nos la marcan los únicos datos posibles para la clasificación en la prehistoria, que son los que aporta la Geología, señalando la formación en que los instrumentos de piedra se encuentran, y, por otra parte, los datos zoológicos que la Paleontología aporta sobre animales fósiles, cuyos restos se han encontrado con esos mismos objetos. De estos objetos, el típico es el hacha de piedra, de las cuales, las primeras fueron talladas y las posteriores pulimentadas. Por esto es por lo que se diferencia la Edad Paleolítica de la Edad Neolítica, en la cual ya el dato geológico no puede tener efecto ni el dato zoológico tampoco sirve para el caso, puesto que se trata de animales de las especies actuales; no quedando más que el criterio tipológico. El cuadro que se nos ofrece en la Edad Paleolítica corresponde geológicamente a la formación cuaternaria, pleistocena, y en ella se distinguen tres horizontes geológicos: el inferior, el medio y el superior. El inferior es el caracterizado en la Paleontología por la presencia del oso y el hipopótamo. El medio es el que corresponde a la época del mamouth. El superior, el que corres-

ponde al reno. Ahora bien; no he tocado un punto porque casi es inútil: el hombre terciario, punto que se discute bastante menos que se discutía en otro tiempo. Realmente, esto para la Península no tiene otro valor sino el que puedan darle los hallazgos del arqueólogo portugués Ribeiro en el valle de Otta (Portugal), donde descubrió algunos huesos, a su entender, con señales de haber sido trabajados por la mano del hombre, y que fueron objeto de discusión en el Congreso de Lisboa, donde se levantó nuestro Vilanova a impugnar las teorías que sobre el hombre terciario consignaba el señor Ribeiro. Hemos, pues, de entender, que el más remoto indicio que tenemos de la existencia del hombre en nuestra Península es el que se encuentre en el horizonte cuaternario inferior. Generalmente, el cuadro de clasificación de esta clase de antigüedades en España se ha hecho siguiendo fielmente el sistema francés. En Francia se han hecho muchas investigaciones, muchas excavaciones, y ha podido formarse un cuadro muy nutrido de clasificación. En España se están haciendo ahora tantas y tantas excavaciones, que la Península va a ser punto tan rico en yacimientos como Francia, si ya no lo es; pero hasta hoy no han tomado carta de naturaleza para la clasificación la serie de nombres geográficos españoles. No se ha hecho, pues, para España un cuadro de clasificación similar y paralelo, siquiera puedan darse las equivalencias. Realmente, esto era imposible hasta hace poco. Sólo al hablar, por ejemplo, de los objetos chellenses franceses, se hablaba del cerro de San Isidro en Ma-

drid. Vilanova toma en cuenta la observación de que el horizonte del cerro de San Isidro era más profundo que el de Amiéns y Abeville, en Francia; y supone más antigüedad al hombre español que al francés. Pero las equivalencias pueden ser hoy las siguientes. Y aquí tenemos la primera cosa en que la clasificación española tiene que separarse de la clasificación general. Porque, efectivamente, la clasificación francesa comprende primero todos los objetos chellenses: las hachas, si es que hachas se pueden llamar. Ya se sabe que este nombre de hachas que dan los arqueólogos es un nombre genérico de un objeto de piedra toscamente tallado. Se trata de piedras talladas y, en general, de pedernales.

Digo que hay que empezar a establecer la cronología de la Península, a alterar el sistema, porque justamente los hallazgos de Torralba han venido a presentar las hachas de piedra que hoy revisten mayores caracteres de antigüedad. Parecerá algo extraño esto, pero el hecho es así. El yacimiento de Torralba ha sido investigado por el señor marqués de Cerralbo, que ha encontrado allí restos de enormes elefantes, hachas de piedra, etc., y todo ello viene a componer lo que con bastante razón llama Dechelette el campamento de unos cazadores de elefantes. Pero lo esencial del caso es que entre esos elefantes está el *elephans meridionalis*, que es un animal de la época terciaria, y el *elephans antiquus*, que es cuaternario; y unido a esto la tosquedad de las hachas, que es de lo más primitivo, pues son cantos apenas desbastados, cantos que tienen por un lado un filo y de otro un plano, aunque sea irregular, para poderlos coger, siendo esto

fieros. Se nos ofrece un cuadro de la vida difícil y penosa. Puede decirse que en ella no se advierte cambio sensible hasta el cuaternario superior, en el cual no solamente se perfecciona y afina la industria, sino que aparece el arte, que es otro aspecto, el más sugestivo de la cuestión, del que tenemos que hablar. ¿Quién es el hombre que ha realizado ese progreso? Es el hombre de Cro-Magnon, cuyo cráneo dolicocefalo revela una raza más inteligente que la anterior, y cuyos restos también han sido encontrados en España, debiéndose su estudio al señor Antón y Ferrándiz.

Este hombre muestra el instinto artístico que antes no había mostrado. Hasta entonces se nos ha ofrecido solamente un hombre industrial por fuerza, para por medio de la talla del pedernal y utilizando instintivamente otros medios que la Naturaleza le ofreciera, poder tener armas con que defenderse, instrumentos con que cortar las pieles para vestirse. Pero el hombre del cuaternario superior se hace artista. Los hallazgos de este género, las pinturas de las cavernas, ya se sabe que después de haber sido negada la autenticidad de ellas en España, esto es, de las de las cuevas de Altamira, han sido reconocidas y proclamadas, cuando en Francia, en Dordoña, se han descubierto cuevas con pinturas, y cuando en España se ha ensanchado el cuadro de ellas con otros hallazgos, no sólo en Santander, sino en España entera. En Francia, al propio tiempo que las primeras pinturas, que casi no lo son, sino grabados hechos de una manera tan imperfecta, a pequeñas rayas, generalmente apa-

rece la escultura, es decir, aparecen unos conatos de obras escultóricas, con mucha frecuencia representando mujeres, esculpidas de un modo bien imperfecto y rudimentario. En España tan sólo de este género se puede registrar alguna escultura, pero pinturas las hay también de ese primer horizonte, justamente en la cueva de Hornos de la Peña. Estas pinturas han sido copiadas por el señor Alcalde del Río, director de la Escuela de Artes y Oficios de Torrelavega, el cual ha realizado una meritísima labor y trabajado en colaboración con los mismos sabios franceses que han venido a estudiarlas. Se nos ofrecen, pues, estas pinturas como las más antiguas de España y la primera manifestación artística en ella. No he de detenerme a marcar los caracteres particulares de cada uno de los períodos de la pintura rupestre, y considerándola en conjunto, bien se echa de ver que la impresión del natural es lo que ha llevado a estos hombres como a los niños, sin saberlo, a dibujar como hoy se dibuja, espontánea y naturalmente, sin el menor artificio y con una fidelidad, produciendo imágenes, comparadas con razón a las que da la fotografía instantánea. Figuras llenas de movimiento, estos animales están bien dibujados, bien caracterizados, encontrándose el bisonte, que es un animal característico de aquel tiempo. Hay una figura que ha dado bastante que hacer, porque se duda si representa a un ser humano o a un mono, o un hombre con cabeza de animal. Realmente, el hombre cuaternario ha tardado un poco en representar la figura humana, y ha sido más realista, más expresivo,

más verdadero cuando ha reproducido animales que cuando ha reproducido a los hombres. En cuanto a que en algún caso de los primeros se trate de un hombre con cabeza de animal, en algunas prácticas, el señor Alcalde del Río cree ver recuerdos de ellas en algunas costumbres actuales de la provincia. Se ha dado como primer indicio del conato artístico del hombre cuaternario ciertas impresiones de la mano impregnadas de color. Estas impresiones de la mano, que en Altamira se encuentran, por ejemplo, unas veces son realmente de la mano con color, y otras veces por un procedimiento tal, que al aplicar la mano sobre la roca queda en blanco aquélla y alrededor el color. Se preguntará por qué se dice que estas pinturas son del tiempo de la estación de Aurignac, y no de la siguiente de la Magdalena, que es la que principalmente corresponde Altamira; sencillamente, porque se han encontrado en esta caverna en un más bajo horizonte unos huesos que tienen dibujos grabados representando animales de su mismo estilo, y esto es dato seguro de clasificación, que el señor Alcalde del Río ha podido aportar, para que a las pinturas de las bóvedas de la caverna de igual estilo las podamos dar una clasificación cronológica determinada. Y voy al decorado de la cueva de Altamira, a la que Dechelette llama la «Capilla Sixtina» de la prehistoria. ¡Tanta importancia dan hoy los sabios franceses a una cueva cuyas pinturas se tacharon de apócrifas no hace muchos años! Aquí aparecen dibujados otros animales; pero además de haberlos trazado, dibujado o grabado con una punta de

ras, aparecen en Cogul otras: un cazador de ciervos, y manifestación de un arte esquemático, a todas luces distinto del primero. Aquí está bien decir, que así en la cueva de Altamira como en las de la mayor parte de la provincia de Santander, se ha visto perfectamente cómo algunas figuras están libujadas unas encima de otras, es decir, que hombres de distintas generaciones han ido dibujando figuras allí sin cuidarse para nada de lo de sus antecesores habían dibujado. Probablemente, en el caso de Cogul se trata de artistas de muy distintos tiempos. ¡Y tan distintos! Contra la opinión sustentada en general por los investigadores franceses de las cavernas de España de que estas pinturas son paleolíticas, hoy tenemos en España ejemplos y pruebas de que hay mucha parte de estas pinturas que son neolíticas: acaso las esquemáticas de Cogul son de la época de transición o de la época neolítica. En Calapatá (Teruel), el señor Cabré descubrió otras pictografías, en que se ven unas vacas, en las que persiste el realismo de Altamira. Pero hay una fineza en el dibujo que, a mi juicio, las coloca en un lugar intermedio entre las pinturas de Altamira y las mejores de Cogul, o, por lo menos, serán contemporáneos de éstas últimas. Aquí vemos la figura humana, y al parecer trazada por otro artista posterior de la generación que trazó las vacas.

Las interesantes pinturas de la cueva de Alpera, con multitud de figuras de hombres y animales, no sólo nos revela también que distintas generaciones han dibujado aquí, sino que nos da preciosos datos acerca de la indu-

mentaria de los salvajes que poblaron a España, con plumas en la cabeza, exactamente como los salvajes actuales, como los antiguos indios americanos, etc. Tal es, a grandes rasgos, el cuadro que nos ofrece de la pintura prehistórica, en su mayor parte, como se ha podido ver, paleolítica.

Continúa la pintura, mejor dicho, el arte rupestre, en la época neolítica, con un carácter esquemático que viene a convertirse en jeroglífico, y hemos de ver sus primeras manifestaciones ideográficas, o sea los orígenes de lo que en Egipto llegó a ser una escritura.

El carácter de las pictografías que se ven en rocas del Egipto es todavía distinto al de la escritura jeroglífica, y en cambio tiene muchos puntos de contacto con las pictografías españolas. Algunas fueron publicadas por Góngora, mas como entonces no se conocía nada de eso en España no se prestó atención.

Cosa singular: el hombre neolítico se nos ofrece, y las pictografías lo prueban, menos artista que el paleolítico. Los objetos industriales, las manifestaciones artísticas de otro género, los ídolos neolíticos son realmente de tal modo infantiles que no resisten la comparación con las figuras paleolíticas. Lo que hace bien el hombre neolítico es la ornamentación; un hombre que tiene otra condición artística distinta de su antecesor. ¿Quién es este hombre neolítico? ¿Es el ibero, como pretende Siret? Desde luego la vida neolítica se ofrece no sólo en España, sino en general en Europa como un cambio total, absoluto en el modo de vivir. A aquel hombre de vida tan difícil, disputando las cuevas a los animales fieros,



substituye ahora, es verdad que gozando un clima templado que favorece el desarrollo de la vida, un hombre agricultor, un hombre que vive en sociedad puesto que llega a construir los palafitos o ciudades lacustres que es la característica en Europa del hombre neolítico.

Claro es que el palafito nos revela los hombres que, agrupados por tribus, temen la agresión de otras tribus, puesto que empiezan por aislarse, construyendo sus cabañas en un lago. Es indudable que en algunas regiones, como en nuestra Península, había de desarrollarse de otro modo la vida, y si es cierto, como se pretende, que en la provincia de Gerona, en Galicia el lago Carregal, donde se cree haber encontrado restos de palafitos, aquí el hombre neolítico ha vivido de este modo, no fué eso general. El hombre neolítico ha vivido aquí primeramente en cuevas como su antecesor, después ha abierto grutas, y aquí se plantea otro problema: por la existencia de ciertas grutas encontradas en algunos puntos de España y en las islas Baleares. Estos puntos son pocos hasta ahora. No han sido buscadas esas cuevas como las pinturas. Yo tengo confianza que si se rebusca alguna vez se aumente el número conocido de esta clase de viviendas. Me refiero a una serie de grutas abiertas en riscos y dispuestas de manera que forman a modo de distintos pisos de una casa.

Es el caso de las grutas de Perales de Tajuña; es el caso de las grutas de Salas de los Infantes, en Burgos; de las grutas de Bocairente, en la provincia de Alicante, y las cuevas que hay en las islas Baleares. ¿Por qué atribuir esas cuevas a los hombres neolíticos? Es-

tas cuevas abiertas en riscos, dispuestas en pisos que se comunican entre sí, pero que hace muy difícil el ascenso, es decir, en una disposición semejante a la que tenían aquellos indios pueblos del Norte de América de que nos hablan los conquistadores españoles, que tenían sus habitaciones como escalonadas en las rocas y subían por escaleras que quitaban para evitar que subieran las personas que vinieran a turbarlos.

Aquí se ofrece un caso análogo, pues por medio de escaleras se subía a esas habitaciones. Pero, ¿por qué hemos de entender que son neolíticas estas cuevas? El dato que hay para esto es el que nos ofreció un artista, el señor Laredo, que exploró en los riscos de Perales de Tajuña algunas de las cuevas de mayor altura y sacó de ellas «hachas neolíticas», hachas pulimentadas. Por consiguiente, debemos creer que esa ha sido una forma de la vida neolítica; pero fuera de esto es lo cierto que hasta hoy, de la serie de cabañas en que sin duda han vivido los neolíticos en las regiones favorables para ello, no hay restos de esos centros de la vida neolítica.

Lo poco que hay como más antiguo, como de la época de transición de lo paleolítico a lo neolítico, son esos conglomerados de espigas de pescado, de instrumentos caídos, esos conglomerados que han formado en algunos sitios y que luego se han reconocido perfectamente. Esos conglomerados son como todos los de Dinamarca, que se designan con un nombre difícil de pronunciar para nosotros, los «kjiokemoeding», y yo propongo que aquí se les llame «paraderos», porque así llamaron los españoles al caso semejante

que se ha ofrecido en América, y que son los restos dejados por tribus en sitios donde iban a comer los pescados y arrojaban las espinas y objetos, y el conjunto ha formado todos esos conglomerados. Los denominamos paraderos, lo cual determina bien lo que se quiere decir, que es el sitio donde han hecho parada esas tribus. Donde hubo paradero debió haber cabaña.

Para la clasificación de las antigüedades neolíticas, las divisiones que se pueden establecer cronológicas, como se han establecido con bastante seguridad respecto de lo paleolítico, es difícil establecerlas, puesto que no hay una verdadera guía que supla a la cronología escrita, si lo suple, como los datos zoológicos y geológicos en la época paleolítica; no queda mas que el examen de las obras mismas, el perfeccionamiento que poco a poco se puede ir precisando en el examen de las antigüedades. Pero debo advertir una cosa que está por decir, que desde los tiempos neolíticos, España ha sido regionalista porque apenas se parecen los utensilios de ciertas regiones a los utensilios de otra, y esto, si por una parte facilita, dificulta por otra extraordinariamente la clasificación.

Generalmente, y fuera de España, se establecen tres períodos neolíticos, siendo el último el período eneolítico, en el que aparece el cobre. Respecto de los metales, hay que decir que los han conocido los hombres prehistóricos, aunque no los han empleado para ciertas cosas. Para nadie es un secreto que en la Cueva de los Murciélagos, uno de los hallazgos importantes de la época neolítica, de cuyos hallazgos dió cuenta el señor Góngora en su libro «Antigüe-

dades prehistóricas de Andalucía», se encontraron varios cadáveres y puntas de flechas de pedernales. Los cadáveres estaban juntos, uno de ellos sentado y con una diadema de oro, la cual se conserva en el Sacro Monte, de Granada. Esa diadema de oro, naturalmente, se ha trabajado como materia maleable, machacándose con hachas de piedra; pero, al fin y al cabo, y aunque ellos ignorasen el verdadero valor del oro, lo han aplicado a un adorno de cabeza, porque han visto que es una cosa bella y que brilla. Sin embargo, el hombre de los murciélagos no ha conocido el cobre. Si lo hubiera empleado, probablemente lo consideraría también como cosa preciosa, pero ignorando el partido que podía sacar de él. Ese período, en que se empieza a utilizar el cobre, que subsiste, y la industria de la piedra y el cobre, es el período eneolítico. Este tiene hoy en España una importancia tal, que no sé si con ello vamos a hacer otra Edad Prehistórica. El señor Siret, en las investigaciones que hizo en la provincia de Almería y, en general, en el sudeste de España, es el que nos muestra de un modo más completo y más interesante esta civilización eneolítica, en que subsiste la piedra con los metales, el cobre, entiéndase bien. Aquí se ofrece el primer problema, que consiste, según Siret, en que al final de ese período eneolítico se advierte una corriente de civilización bastante refinada. El término de ella es la aparición del bronce; pero el hombre eneolítico construye sepulturas, el hombre eneolítico siente indudablemente una influencia extraña. El primer indicio que tuvo el señor Siret de ello fué la presencia de unos ídolos de

pizarra idénticos a los encontrados en Troya. Hoy, con buen juicio y según la rectificación muy acertada de Dechelette, se piensa que son los antehelenos los que causaron esta influencia, y no los fenicios. La civilización antehelénica del Mediterráneo, con sus expansiones marítimas, ha llegado a las costas de España y ha comunicado a ésta su influencia. Aquí nos encontramos con un pueblo de que apenas hay referencias históricas, puesto que es un pueblo prehistórico. La historia de los antehelenos hay que buscarla en las referencias de algunos textos griegos, referentes singularmente a las gentes de la Creta, y en el fondo de los poemas homéricos, que sin duda tienen un fondo histórico. Pero todo esto pide más espacio.



Segunda conferencia

Aunque parezca innecesario ocurre hacer una aclaración al tema, tal como está formulado: *Cronología de las antigüedades ibéricas antero-romanas*. La denominación de ibéricas está tomada, como generalmente, no en sentido étnico, sino geográfico. La Etnografía es insuficiente para resolver el problema de la clasificación cronológica de las antigüedades, si bien lo que respecto de éstas importa esclarecer al arqueólogo es las dos cuestiones siguientes: origen, o sea pueblo que las produjo y fecha en que se produjeron.

El medio más seguro para conseguirlo nos le da la Arqueología comparada. La comparación que puede establecerse entre las antigüedades encontradas en España y las semejantes, de fecha comprobada, encontradas en otros países, conducirá a conclusiones aceptables. Fiel a este sistema, sólo debo recordar que al presentar el cuadro de las antigüedades prehistóricas paleolíticas mostré o indiqué aquellos primeros períodos en que se manifiesta en España con mayor antigüedad al parecer que en otros países europeos, puesto que así puede deducirse de los hallazgos de Torralba.

El señor Siret, ocupándose de la Edad neolítica, indica desde luego si son los iberos las gentes a quienes se debe esta nueva civilización completamente distinta de la anterior. En ri-

gor, Dechelette, al ocuparse de las edades ante-romanas, con relación a Francia, no habla de los iberos hasta llegar a la edad del bronce, y la razón es clara. Como de los iberos hay algunas referencias históricas, éstas se relacionan con los tiempos que suelen llamarse protohistóricos. Sin embargo, ocasión tendremos de observar que en los tiempo neolíticos es precisamente cuando en España se manifiesta una influencia extraña e importante y esa influencia extraña, siquiera sea de un pueblo oriental que puede decirse que no tiene historia, pero del cual hay referencias históricas, acaso los descubrimientos den motivo a incluirlo entre los pueblos históricos.

Me refiero al pueblo antehelénico. Ya indiqué que así como de las antigüedades paleolíticas por medio de la Geología principalmente, y de la Paleontología, se ha podido establecer una clasificación cronológica, de la Edad neolítica, por el contrario, ésto no se ha conseguido todavía de un modo completo y satisfactorio. No se ha conseguido, porque sólo por medio de excavaciones sistemáticas es posible precisar las distintas épocas. En España, las antigüedades neolíticas provienen de hallazgos debidos casi siempre a la casualidad y constituyen hoy hechos aislados que importa relacionar.

La cronología del neolítico, establecida principalmente para Francia por M. Dechelette, se divide en cuatro períodos. Del primero no se conocen sepulturas ni dólmenes. Hay hachas talladas y hachas pulimentadas de figura triangular y cuya sección ofrece dos puntas ojivales. Al segundo período corresponden dólmenes sen-

cillos, hachas más bien rectangulares que triangulares, de bordes escuadrados. Al tercer período pertenecen los dólmenes llamados «camino cubiertos», las hachas gruesas de bordes escuadrados y de sección cuadrada en la parte media y bellos cuchillos de pedernal con mango. El cuarto período, en fin, es el de los cofres de piedra, las hachas-martillos perforadas, los bellos cuchillos de pedernal con mango y hoja ancha. ¿Puede establecerse para España esta división? El caso ofrece dificultades porque no siempre se corresponden los hechos.

En cuanto a las hachas podemos señalar, desde luego, todas esas variedades y otras; los cuchillos, sin mango, también existen. En cuanto a los dólmenes los hay sencillos y complicados, y hay, por último, las tumbas de cúpula que corresponden, sin duda, a un período más avanzado.

Lo único que hoy puede decirse es que, en la Edad neolítica hay un período largo, sin duda, en el que se mantiene el uso exclusivo de la piedra, y después, el período eneolítico, ese período de transición en el que aparece ya el cobre juntamente con la piedra y aparecen unas manifestaciones artísticas e industriales tan peregrinas, que muestran desde luego la influencia de gentes extrañas. El examen, siquiera sea somero, de alguna de estas antigüedades, podrá dar alguna luz.

Teniendo en cuenta lo dicho, reconócese las formas sucesivas de las hachas y su perfeccionamiento. Desde el hacha triangular, que es la forma primera, hasta hachas planas trapezoidales con los bordes escuadrados y filo curvo, cuya

forma se relaciona ya con la de las primeras hachas de metal, o sea de cobre. Si se confiere el proceso que representa esa sucesión de formas, se comprenderá desde luego el progreso que representa.

No hay que decir que el último tipo de hacha citado comparable al de cobre, pertenece al período eneolítico o de transición, al que pertenecen también cuchillos, puntas de lanza, y puntas de flecha de pedernal, finamente talladas, y aun estas armas se usan y perfeccionan en la época del bronce.

Oportuno es citar aquí el caso de Numancia, donde hemos descubierto tres civilizaciones. Es un caso semejante al de Troya; apareciendo separadas naturalmente estas civilizaciones por capas de tierra. La civilización que se encuentra en las capas más hondas, sobre el terreno natural, es prehistórica, seguramente del período eneolítico y me fundo en las siguientes razones. En cuanto a las hachas son de una perfección de talla y pulimento que revelan que se había llegado en el trabajo de la piedra a cuanto se podía llegar. En cuanto a las puntas de flecha, está, sobre todo, hecha con sumo cuidado a pequeños golpes, con un filo muy fino. Precisamente con una de estas puntas de flecha se halló un vaso de barro negro, con labor incisa e incrustadas bolas de cobre por adorno; es decir, que el cobre se ha empleado allí como materia preciosa.

En las sepulturas de Ciempozuelos se encontraron una serie de vasos de pasta negra, con labores incisas, rellenos de pasta blanca. Con esta cerámica se encontraron hachas pulimentadas

de piedra y una punta de flecha de cobre. Pertenecen, pues, a el período neolítico. Semejantes hallazgos se registran en otros puntos de España: los de Bonsor, en la vega de Carmona; los de Talavera de la Reina y otros pueblos de la provincia de Toledo; en Portugal, en las cuevas de Palmela. Esta cerámica guarda relación, más o menos, con cierta cerámica negra con adornos incisos, encontrada en Egipto, y en algún punto de Europa.

Examinemos otro aspecto de la cuestión.

El señor Siret, en sus exploraciones del Noroeste de España, de estaciones neolíticas y el señor Bonsor, por su parte, en la vega de Carmona han encontrado unos ídolos de pizarra que son idénticos a los encontrados en Troya, con antigüedades prehistóricas también y se trata de ídolos que dan la silueta rudimentaria y esquemática de la figura humana.

El caso es verdaderamente singular. Desde luego no se ocultó al señor Siret que debe tratarse de una importación a la que no se ha dado toda la importancia que tiene. Posiblemente este sistema de ídolos ha dado lugar en España a unos ídolos indígenas, que se manifiestan en placas de pizarra con adornos grabados. Sumariamente aparece en algunas la cabeza e indicadas las extremidades de la figura humana, estando la superficie plana adornada con una labor grabada rectilínea que parece vestidura y recuerda el sistema primitivo, tantas veces repetido en el arte, incluso en el arte griego, de revestir un ídolo con una tela o manto. Estas placas se han encontrado generalmente sobre el pecho de los esqueletos descubiertos

en sepulturas neolíticas y propiamente eneolíticas, es decir: ya de la época de transición; por lo tanto, a veces, con cosas de metal.

Se han encontrado en Portugal y en Extremadura; algunas también en Andalucía. Tan sólo en Egipto hay pizarras grabadas que pudieran relacionarse con las de España. En el Museo Arqueológico Nacional hay ejemplares de Extremadura en los que se reproduce en uno la cabeza y en otros una figura que tiene cogida entre las manos una copa. De manera que ofrece una especie de conato escultórico.

Examinemos ahora los monumentos megalíticos, especialmente los dólmenes.

Estos, durante algún tiempo atribuidos a los celtas, hasta que se comprendió que no hay que hablar de celtas en la Historia hasta la edad del hierro, corresponden, como queda indicado, a la Edad neolítica y al período eneolítico. Hay tres tipos de dólmenes: Uno, primitivo, que se reconoce en el Norte, en la provincia de Gerona, en Navarra, en las provincias Vascongadas, en Asturias, en Galicia y Portugal. Este tipo de dolmen, que tampoco falta en Andalucía, es el dolmen sencillo, compuesto de tres o cuatro piedras informes, que sostienen una que sirve de cubierta. Generalmente, el dólmen ha sido cubierto de tierra. Sin embargo, se ha discutido sobre el particular.

Después de ese tipo de dólmen, que pueden caracterizar, como quiere Déchellette, una época neolítica, viene un perfeccionamiento de estas construcciones de enormes piedras que por eso se llaman megalíticas. Entonces es cuando se construye con una forma propiamente rec-

tangular, oblonga a veces, como es la cueva de Menga, pero con piedras que ya están cortadas con cierta regularidad y el interior de la cueva de Menga está dividida por una serie de pilares.

Esta clase de dólmenes es lo que generalmente se llama en Francia camino cubierto o «Gru-
ta de las hadas». Hasta ahora todo esto puede ser perfectamente hijo de un pueblo primitivo, consecuencia natural de un modo de construir sepulturas, que representan los albores del arte de la construcción. Pero de estos tipos difiere totalmente la sepultura del tipo de cúpula, que en España se encuentra en el Mediodía solamente, desde el Algarbe hasta Almería. Constán estas tumbas de cámara circular, y a veces otra contigua pequeña, y galería que a aquélla conduce. En ciertos casos la cámara es de forma cuadrada.

El dólmen de Jerez de los Caballeros, en la provincia de Badajoz, consta de cámara circular y la galería de ingreso. Mas para cerramiento de la cámara no se han empleado enormes piedras que justifican la denominación de megalítico. Se ha colocado una serie de piedras formando el recinto circular y, por decirlo así, cilíndrico; y formando sobre sus piedras medianas un aparejo de piedras pequeñas se ha hecho de modo que por aproximación de hilada ha venido a cerrar por cúpula o por bóveda cónica la cámara. Esto revela una fase del arte de construir que no hay que atribuirlo simplemente al esfuerzo propio de los constructores. Aunque estas tumbas se ofrezcan como continuación de aquellas otras propiamente dólmenicas, las separa mucho tiempo.

De dicha clase de construcciones se nos ofrece un ejemplar rarísimo en la misma provincia de Badajoz, cerca de Mérida; en el prado del Lácara: es un dolmen en el que, para cerrar la cúpula se han cortado las piedras de propósito, como los gajos de una naranja. Está muy mal conservado, pero lo bastante para que veamos una variante del dicho arte de construir y aún hemos de ver otra más singular. Esta que nos ofrece una de las cuevas descubiertas en Antequera, en el Romeral. Aquí, como pasa también en otro ejemplar, en la cueva de la Pastora, en Castilleja de Guzmán (provincia de Sevilla), no hay piedras grandes sino pequeñas, por anillos que perfilan la bóveda cónica en la cámara circular, hasta un punto en que no habiéndose atrevido a más los constructores, han cubierto con una sola gran piedra.

Respecto de los dólmenes, a propósito de la provincia de Badajoz, he indicado yo lo siguiente: que el dólmen es forma primitiva de construcción, correspondiente a la Edad neolítica y principios de la del metal, que suponen un culto rendido a los muertos; que esta clase de construcciones, sin violencia pueden ser emparentadas con otras distintas y acaso derivadas de ellas, como son los talayotes y navetas, de las Islas Baleares; las nuragas, de Cerdeña; las giganteyas de Gozzo, Malta y Pantelaria, etc., en suma de las islas del Mediterráneo y que todo ello, o a lo menos la última fase dolménica, que es la tumba de cúpula, trae origen oriental, opinión en que hoy convienen todos los arqueólogos; pero a mi ver, admitida

esa influencia extraña nos encontramos con que los constructores de esas bóvedas o cúpulas, como los constructores de otras semejantes, han concluído por cerrarlas con una sola piedra por el sistema puramente dolménico; y entiendo que tal influencia no ha venido de una vez, ni la evolución o proceso que suponen dichas variedades se ha operado en nuestro suelo, y que, por lo tanto, los constructores de dólmenes, fieles a un nuevo sistema, cuando no se han sentido capaces de producir íntegro el tipo originario, han concluído la construcción por el sistema que les era bien sabido y en ellos tradicional, de las sepulturas anteriores. Ahora bien; ¿dónde puede estar el origen de esta clase de construcciones? Esto plantea un verdadero problema.

El estudio comparativo de las tumbas hispanas del Algarbe y de Andalucía con las griegas de Micenas, Orcomenos, etc., revela identidad de traza y disposición. En unas y otras se ve la larga galería, la cámara circular rara vez cuadrada, y a veces otra contigua. Pero ante tal identidad ocurren dos observaciones: la primera, es que esas tumbas griegas corresponden a los últimos tiempos de la Edad del bronce, de manera que deben ser más modernas que las hispanas, y la segunda observación, es que las tumbas griegas son ya de una construcción regular, diferenciándose en esto de las hispanas toscamente construídas, las cuales deben, por tanto, ser consideradas como una interpretación, una copia hecha por los indígenas españoles de la época neolítica, de un tipo originario, un modelo anterior, que acaso no debe

buscarse en la Grecia sino en Egipto donde aparecen ya construcciones análogas, y contra lo que se había creído también, hace poco se encontraron construcciones megalíticas, pues se ha descubierto un dólmen junto a Edfu y también objetos prehistóricos.

En suma, hay alguna luz para conocer cómo se ha iniciado y desarrollado el arte arquitectónico. Dechelette dice que apenas conocemos el tipo originario de la tumba de cúpula; pero que debe ser colocado al Oriente del Mediterráneo. Ello conspira en favor de que una influencia extraña, como la que hemos visto manifestarse en los ídolos de pizarra, se ha dejado sentir en España, en la época eneolítica, y no hay que olvidar que en esa clase de sepulturas en España se han recogido juntamente con hachas de piedra pulimentada, objetos de metal, y por consiguiente, pertenecen al período eneolítico.

Hasta ahora, al hablar de edades, períodos, épocas, no he señalado cifras de siglos, de años, por considerarlo imposible. Dechelette, en un capítulo de su *Arqueología*, habla con suma prudencia de los cálculos que se han hecho de que el período paleolítico se haya desarrollado desde una antigüedad de 24.000 años o de 800.000. Y, realmente, ¿quién es capaz de calcular su duración, siendo así que el cálculo no se basa mas que en las formaciones geológicas sucesivas? Si esto pasa respecto a lo paleolítico, donde aun la Geología puede dar un cálculo más o menos aproximado, ¿qué diremos de lo neolítico, desde el momento que no hay realmente dato alguno? Pero he hablado de tiem-

pos antehelénicos, y éstos hay que referirlos a la cronología de los pueblos históricos, y, por lo tanto, hay que decir que las antigüedades del mar Egeo, las antigüedades de Troya, las de Creta, las del continente griego, singularmente de Micenas y Tirinto, todo esto compone un cuadro cronológico que está dentro de la Edad del Bronce. Se da a ésta por comienzo, aproximadamente el año 3000 antes de Jesucristo; se le da por término el año 1100 antes de Jesucristo, fecha en que se fija la invasión de los dorios. En ese espacio de tiempo, en Egipto, desde la segunda dinastía se ha sucedido un período histórico importantísimo, y en el que al propio tiempo se ha desarrollado también en Asia el imperio babilónico. Por lo tanto, estamos dentro de tiempos históricos; pero dicha influencia (y me refiero ahora especialmente a las tumbas de cúpula) no podemos referirla a monumentos como el Tesoro de Atreo, en Micenas, o el de Minyas, en Orcomenos, pues corresponden al final de la Edad de Bronce, sino en todo caso a otros desconocidos del principio de la misma Edad, admitiendo además el sincronismo de ésta en Oriente con el período eneolítico.

El señor Siret, que es quien más ha estudiado esta cuestión, ha supuesto unas fechas algún tanto tardías; supone que nuestro período eneolítico puede tener de fecha desde el 1550 a 1200 antes de Jesucristo.

Y al encontrarse con que en este período hay ya estas influencias extrañas, supone que son debidas al pueblo fenicio, pueblo comercial, dueño entonces del Mediterráneo; que los fe-

nicios son quienes han traído a España ese modo de construir y esos ídolos. Le supone al pueblo intermediario entre el pueblo anteheleno y los habitantes de la Península, y supone, es claro, que la Edad del Bronce hay que considerarla desde el año 1200 hasta el 800 antes de Jesucristo. Supone, además, que el cambio del empleo de la piedra al del bronce debemos referirlo a una invasión de otras gentes en España, y admite que estas gentes fueran los celtas. Ya hablé en la conferencia pasada respecto de la época histórica en que los celtas han venido. Estas declaraciones de Siret han sido impugnadas por Dechelétte, el cual se ha fijado en esos dos puntos, diciendo que ¿cómo es posible considerar que sean los fenicios los intermediarios cuando esa gente antehelénica ha sido dueña del Mediterráneo justamente hasta la invasión de los dorios, en que caen esos imperios antehelénicos? Precisamente las últimas investigaciones vienen a confirmarlo, porque de esas gentes antehelenas, de las cuales hasta ahora no habíamos tenido otro conocimiento que por los poemas homéricos, resulta que ya se van encontrando ciertas referencias históricas. Ya vamos sabiendo que en la época de Ramsés II estaban en relación con el Egipto, y hay historiadores griegos, como Tucídides, que dan existencia real al rey Minos, de Creta, que tenía una marina poderosa, que fué feudatario del Egipto y que los faraones le tenían encargado de limpiar de piratas el Mediterráneo; que de resultas colonizó en las islas y los fenicios no pudieron, por tanto, ser dueños del mar. El imperio fenicio fué posterior y coincide así con

la invasión de los dorios y la fundación de Cádiz. ¡ Dos hechos tan distintos ! Respecto a los celtas, dice, con razón, Dechelette, que si éstos no aparecen todavía en escena en la Edad del Bronce, porque son los ligures y los iberos los que pueblan la Europa occidental, ¿ cómo hablar entonces de celtas en España ? Se impone, pues otra cronología. Es un tanto tardía la que ha marcado Siret, sobre todo para la Edad del Bronce. Se podrá admitir fácilmente el sincronismo que existe, es claro, entre unos y otros pueblos, sobre todo cuando se trata de pueblos históricos, que pues se ha dejado sentir en España la influencia de Troya, de la civilización más antigua, de la civilización en que aparecen esos ídolos, y se ha dejado sentir el comienzo, el conato del arte de construir de ese mismo pueblo anteheleno, podremos muy bien rebajar para España esa fecha del año 3000, en que se calcula el comienzo de la Edad del Bronce en general, para el mundo clásico y para los pueblos históricos ; por lo tanto, suponer con Dechelette, que haya podido ser un tanto posterior, pero nunca venir hasta el año 1200 ; podremos admitir muy bien el 2500 ; y en cuanto a la terminación, aunque supongamos también que la Edad del Hierro (hay que tener en cuenta que este metal se manifiesta en las últimas capas superiores de Micenas) haya tenido por comienzo aquellos dos hechos del año 1100 : la invasión doria para el Oriente y para España la fundación de Cádiz, tendremos la línea divisoria apetecida.

Posiblemente, los antehelenos, como después los fenicios, han venido a explorar nuestras mi-

nas, porque sabido es que la posición geográfica y riqueza de nuestro suelo son las causas de que hayan venido tantas gentes en sucesivos tiempos a la Península. El período ibero, pues, se podrá admitir, con Dechelétte, si se quiere, desde el año 1900. Ahora bien; los descubrimientos de la Edad del Bronce, en España han sido muy curiosos. Están principalmente caracterizados, sobre todo como verdaderos tipos, los que ha hecho el señor Siret en la región del SE. Pero entonces, aun más que en los tiempos prhistóricos, se manifiesta en España esa especie de regionalismo a que me refería en la conferencia pasada.

Uno de los rasgos particulares de los pobladores del SE. es la sepultura en la casa. El cadáver, encogido, fué colocado dentro de una enorme vasija de barro con su tapadera, y con los restos de la persona han sido depositados unos vasos, una cerámica que carece de adorno, que no tiene de artístico mas que la forma, y ésa, generalmente es muy sencilla. Fijándose precisamente en la cerámica de este tiempo, resulta que las copas son justamente de una forma cuyo antecedente hay que buscarlo también en Oriente. Aquí ya nada tiene de extraño; estamos en tiempos coetáneos de aquella civilización antehelénica, a la cual pertenece originariamente esta forma.

En otras regiones de la Península se manifiesta dicho regionalismo con formas monumentales particulares, lo que verdaderamente desconcierta cuando se considera que a qué Edad sino a la del Bronce hemos de atribuir los Castros de Galicia, los Citanias de Portugal y de

España, las construcciones ciclópeas de Tarra-
gona, por ejemplo, las construcciones de Balea-
res, y, sin embargo, no se parecen unas a otras.
El regionalismo aparece clarísimo. Pero como
veo que todo esto requiere explicación más am-
plia, me ocuparé de estos pormenores en la con-
ferencia próxima.



Tercera conferencia

Sentado que la Arqueología, en defecto de la Historia, permite afirmar que antes que los fenicios, fundadores de Cádiz en 1100, vinieron a España influencias de los primitivos pobladores de la Grecia antehelénica, y que este período es el de nuestra Edad de Bronce, importa ahora no perderlo de vista y apreciar los caracteres de los monumentos, cuya variedad determina el regionalismo arqueológico a que me referí en la conferencia anterior.

El primer grupo regional, avanzado en el mar, por donde vinieron aquellas influencias, nos lo ofrecen las islas Baleares, a las que hay memoria vinieron gentes de la isla de Rodas en el siglo xiv antes de Jesucristo. En Baleares no hay antigüedades neolíticas. Las hay, en cambio, de la Edad del Bronce, y muy peregrinas, las cuales, estudiadas recientemente por el señor Vives, debemos convenir con él en que se deben a la influencia antehelénica, de tal manera, que se relacionan con la serie de antigüedades de las islas; de Cerdeña, en donde existe el género de sepulturas especiales, que se llaman allí las nuragas, con las *giganteyas*, de Malta y Pantelaria, etc., construcciones atribuidas a los fenicios antes que se

conociera el pueblo antehelénico, antes que fuera posible atribuirle, no diré la paternidad, la influencia en esta clase de construcciones. Veamos, pues, los monumentos de Baleares. El más conocido y típico es el *talayot*. Su nombre significa atalaya. Se ofrecen los talayots, numerosos en Menorca, cerca del mar, dispuestos de modo que desde unos se dominan otros, y se ha creído siempre que esta especie de torrecillas han sido defensivas. Es cosa probada que son sepulturas, y no en el verdadero sentido de la palabra; son osarios, o sea sitios donde se depositaban huesos. No han servido de habitaciones, puesto que, generalmente, la puerta es tan pequeña que no puede entrar una persona de pie. El interior es un recinto tan pequeño, que no es posible que haya servido de habitación. Son circulares en su planta; algunas veces, cuadrados. Están siempre contruídos en la forma de cono truncado, con piedras pequeñas, cuyo tosco aparejo recuerda en pequeño el de las construcciones ciclópeas. Algunas veces hay en el interior un macizo o pilar central para mejor poder cubrir el recinto, siempre con piedras. Otras veces, cuando no hay ese macizo, el recinto es circular y pequeño. ¿Cómo se ha cerrado? Se ha cerrado sencillamente por una especie de bóveda cónica, hecha por aproximación de hiladas; en una palabra: es cosa semejante a las sepulturas a que me he referido antes, aquellas de las épocas eneolítica, las llamadas vulgarmente tumbas de cúpula, pero hecho todo con piedras pequeñas y sin cubrir después con un montículo artificial, como generalmente están las tumbas de cúpula. El *talayot* se relaciona indudable-



mente con un rito, del que se ha hecho eco Silio Itálico y algún otro escritor antiguo, y es la costumbre de exponer los cadáveres a las aves de rapiña y echar los huesos a un osario.

Para esa exposición debieron emplear en Baleares las *taulas*, monumentos megalíticos muy curiosos, compuestos de una piedra horizontal, sostenida por otra vertical, y a bastante altura para que no alcance una persona. Eso es la *taula* o sitio de exposición del cadáver. En Baleares hay algo más que se relaciona con los monumentos antehelénicos: las navetas. Su sistema de construcción está íntimamente emparentado con el aparejo antehelénico más perfeccionado, usado precisamente por la gente de Micenas. A veces, en el interior de estas cámaras, y para facilitar el cerramiento, hay unos pilares a manera de columnas del tipo de la columna antehelénica, más estrecha de abajo que de arriba, al contrario de la generalidad de las columnas empleadas por los pueblos históricos. Esta clase de columnas trae su origen del empleo de la madera, generalmente revestidas de bronce. Aquí la gente de las Baleares las ha construído con piedras, pero conservando su forma antehelena.

Y si de los monumentos de piedra pasamos a los objetos de bronce encontrados en las Baleares, como las cabezas de toro de Costig y otras análogas, cuernos votivos con palomas y alguna cabeza de toro, con el hacha de dos filos, el hacha colocada sobre el testuz del toro, en todo esto hay que reconocer con el señor Vives los emblemas religiosos de los cretenses. Véase cómo van siendo mayores las concommitancias con la civilización antehelénica,

y, por tanto, que hay que comprender que sólo a ella es debida la civilización de las Baleares, que se ha mantenido durante la Edad del Bronce y que se ha prolongado hasta el tiempo de la colonización cartaginesa, que en la isla de Ibiza se manifiesta.

En la Península, las construcciones ciclópeas, las murallas de Tarragona, los restos que se conservan de las de Gerona, de Sagunto, las murallas primitivas de Barcelona, según se ha congeturado, algunos otros restos, como el llamado el castillo de Ibro en la provincia de Jaén, el castillo ibérico que llama el marqués de Cerralbo, por él descubierto cerca de Santa María de Huerta, y algunos restos que hay de una ciudad fortificada cerca de Fregenal de la Sierra, mas otro trozo en el castillo de Magacela, en la provincia de Badajoz, todo esto nos da un cuadro de la clase de fortificaciones llamadas ciclópeas, que tienen sus genuinas representaciones en la Grecia primitiva, especialmente en las acrópolis famosas de Tirinto y Micenas.

Alguna vez, ocupándome de estas evidentes influencias o importación del sistema arquitectónico antehelénico, he indicado que pudiera tener origen en la dispersión de la gente antehelénica, cuando ocurre la invasión de los dorios, y la ruina, por tanto, del famoso imperio micénico; pero desde el momento que vemos tantos y tantos elementos en la Arqueología española para entender que la influencia se ha dejado sentir desde mucho antes, no como de emigrantes tardíos, sino como de gentes que han buscado expansión por ser dueños

del Mediterráneo, entonces fácilmente se relaciona con esta gente y este hecho la construcción de las murallas de Tarragona y demás monumentos peninsulares análogos.

La fortaleza de Tirinto guarda bastante relación con la de Tarragona; sólo en la disposición de las puertas, que no están encajonadas, pero sí defendidas por una torre colocada a izquierda de la entrada. La analogía es notoria en el trazado general, en los espesores y el aparejo ciclópeo de grandes piedras y pequeñas en los intersticios.

Si nos fijamos en otra región de España, justamente opuesta en Galicia, encontramos una clase de monumentos que no se pueden atribuir a otra Edad que la del Bronce. Me refiero a los famosos *castros*. Estos existen también en una parte de Asturias, en Portugal; es decir, en una buena región del NO. de la Península de España. Son fortalezas térreas, pues generalmente sus parapetos son de tierra; algunas veces, sin embargo, está el parapeto construido con piedras. ¿Qué son los castros? En general, los castros se pueden definir como fortificaciones de sitios altos. La característica de toda la civilización antehelénica a que me he referido es la fortificación de sitios altos. Esa serie de fortificaciones de las acrópolis no sólo del continente griego, de Micenas, de Tirinto, etcétera, desde luego Atenas mismo, que conserva los restos de su primitiva fortificada acrópolis, sino las que se han podido encontrar en otros puntos de la Grecia, parece que tienen su semejante en España. Es más: en esa mis-

ma región del SE. de España, los restos de poblaciones que se han encontrado fortificadas todas están dispuestas de la misma manera. No son verdaderas acrópolis en razón a que son el centro de la población de la tribu, residencia del jefe, sitio adonde se ha podido acoger la gente cuando se ha visto acometida. Por lo demás, menester es reconocer que, desde el punto de vista arquitectónico, la acrópolis griega y el castro hispano nada tienen de común. El castro gallego suele ser de traza circular, a veces con un parapeto o baluarte avanzado. Es de notar que con mucha frecuencia en los castros hay *túmulos*; es decir, hay montículos artificiales que cubren las sepulturas. Los investigadores han dicho que en esos túmulos se suelen encontrar urnas cinerarias y objetos. Otras veces lo que cubren son unos pequeños dómenes. Esto desconcierta, porque el dolmen es anterior, y sólo cabe pensar que siendo esta clase de fortificaciones un modo tradicional y muy antiguo en el país de establecer las acrópolis, en ellas han enterrado, por lo visto, desde la época eneolítica, a que podemos atribuir la construcción de los dólmenes; y cuando el dolmen ha dejado de construirse, ha seguido haciéndose el montículo. Además, en algunos castros, el señor Villamil y Castro, por ejemplo, describe restos de casas con habitaciones generalmente cuadrangulares, rectangulares, hechas de mampostería, de piedras pequeñas unidas con barro. La existencia de sepulturas y casas a un tiempo nada tiene de particular, puesto que existió la antigua costumbre de enterrar en la casa o cerca

de la casa. Nada tiene de extraño que las sepulturas y las viviendas las hayan hecho en un sitio eminente y fortificado. Lo que es más extraño es el cuadro de los objetos encontrados en los castros, porque hay hachas neolíticas, hay objetos de cobre, hachas de bronce y algunas veces objetos de hierro; es decir, que se ofrecen los castros como una característica de la vida regional, que no tienen par en el resto de España, de una antigüedad tan grande, que lo enlazamos con los tiempos neolíticos y que llega indudablemente hasta la época romana, en términos que hasta en algunos castros se han recogido monedas romanas y objetos romanos de cerámica, etc. Ha sido una característica de la vida en esa región. Región que acaso necesitaba con más necesidad que otras tener estos recintos fortificados, porque estaba expuesta, por las costas, a incursiones de otros pueblos. En la Edad Media se encuentran referencias a los castros, y los piratas normandos han dado que hacer en esas costas en algunas épocas de los siglos medios.

Examinemos otro grupo regional: las *citánias*. Inmediatas a los castros, ocupan una región del Miño en Portugal, y ejemplos hay en España, en la provincia de Salamanca, donde lo reconoció el señor Gómez Moreno. Son también las citánias ciudades en sitios altos, y guardan más relación que los castros con las acrópolis antehelénicas. En las citánias más conocidas y típicas, que son las de Sabroso y Briteiros, en Portugal, se conservan calles, casas y muros de aparejo poligonal, siendo ésta una de las formas de construcción de los antehelenos precisamente. La casa es circular, con

un pilar en medio para apoyar el pie derecho que ha sostenido la techumbre. También hay casas cuadradas. En las citanias, como en los castros, se han recogido objetos de bronce, cerámica, a la que M. Cartailhac reconocía en su adorno parentesco con los adornos antehelénicos; es decir, que también son ciudades de la Edad del Bronce, en sitios altos y fortificados, cosa semejante, naturalmente, a los castros, y que a través de la Edad del Hierro han llegado hasta la época romana, y, por lo tanto, es otra muestra de la vida regional. Es curiosa una puerta de casa de la citania de Sabroso, en que aparece un adorno geométrico. Es un adorno que, si por un lado tiene relación con la trenza romana, interpretada muy toscamente, por otra parte recuerda el sistema y hasta el procedimiento de los antehelénicos. Aun es más semejante dentro de este sistema, cuya clase de adornos es la característica, por ejemplo, de las joyas de Micenas, la piedra *formosa* de la dicha citania de Briteiros.

Debo ocuparme, en fin, de la Edad del Hierro. Para establecer cronología hay que recordar que si fijásemos su comienzo en el año 800, como pretende Siret, sería darle fecha tardía, y si se adelantase algún tanto resultaría que no son, como ha pretendido Siret, los fenicios los que han determinado el comienzo de la Edad del Bronce, sino los que han influido poderosamente en la Edad del Hierro, puesto que la fundación de Cádiz es un hecho, por la época en que se efectuó precisamente, coetáneo de la invasión de los dorios, lo cual no es casual, sino motivado porque entonces es cuando los fe-

nicios son verdaderamente dueños del mar, y, por consecuencia, portadores de los elementos de civilización de los pueblos históricos. ¿Cómo no habían de determinar el comienzo de la Edad del Hierro los que explotaron las minas en la Península? Suponiendo que los indígenas de la Península hayan tardado en apropiarse este nuevo sistema de fabricación de armas, esta aplicación de un nuevo metal, podremos admitirlo desde el 1100 o desde el año 900 hasta la destrucción de Numancia, ciento treinta y tres años antes de Jesucristo, la duración de la Edad del Hierro. Por lo que hace al aspecto de la Edad del Hierro desde el punto de vista puramente occidental y europeo, se establecen en general dos períodos: uno, el caracterizado por los descubrimientos en el cementerio de Hanstadt, en Austria; es el período también llamado primera Edad del Hierro, que cuenta desde el año 900 a 500 antes de Jesucristo. La segunda Edad del Hierro o segunda época está caracterizada por los antiguos restos de población en la Tène, Suiza. Comprende desde el año 500 hasta primero de Jesucristo. Pero aunque es verdad que en España se han encontrado recientemente, sobre todo por el señor marqués de Cerralbo, en la serie de necrópolis ibéricas de las provincias de Guadalajara y Soria, los objetos típicos de esas dos estaciones de Hanstadt y la Tène, hay que tener en cuenta que los fenicios influyen en el Mediodía de España y en la región oriental los griegos, influencias que prestan nuevos elementos de civilización. De modo que en España tenemos en la Edad del Bronce la influencia puramente occidental, eu-

ropea, y la influencia oriental, que han traído gentes extrañas, pueblos históricos; y esto, sobre todo las influencias griega y cartaginesa (que no es posible olvidarla), determina dos fases o épocas en España distintas. Estas dos fases son: primera, puramente fenicia oriental; los elementos que nos aportan son todos los de la civilización asiática; después, desde el siglo vi, viene la influencia griega, y aquí es ocasión de poner en claro un hecho: la fundación de Ampurias. Hasta ahora, juzgando por las monedas solamente, se había entendido que podía datar Ampurias del siglo iv antes de Jesucristo. Al v corresponde el escritor navegante griego Scylax, que da cuenta de Ampurias. Pero las excavaciones que se han practicado por una Comisión de la Junta de Museos de Barcelona han venido a poner en claro, por medio de la Arqueología, la fecha cierta de la fundación de Ampurias, debida, como es sabido, a los foceos de Massalia (Marsella). La preponderancia focea y el imperio comercial de la Focea fué en los cuarenta y cuatro años de la telasocracia focea, entre 598 y 541. Es la época apropiada para la fundación de Ampurias, y, por tanto, debió ser en el siglo vi antes de Jesucristo. Faltaba la prueba, y ésta la hemos tenido con las excavaciones. En las sepulturas griegas se han encontrado vasos pintados griegos del siglo vi antes de Jesucristo, de modo que ya no es posible ponerlo en duda. Lo que debo añadir es que en esas excavaciones, aparte de una piedra que guarda relación con las piedras de la citania, las murallas de Ampurias tienen un recuerdo no más, del sistema ciclópeo. De aquí se sigue

que, habiendo sido fundada Ampurias en el siglo vi, tenemos en la Edad del Hierro una primera edad, en la cual se deja sentir por un lado la influencia europea de Hanstadt, pero al mismo tiempo la influencia oriental traída por los fenicios. Un segundo período, en que si los pueblos del centro de la meseta de Castilla, que es donde el marqués de Cerralbo ha encontrado esa serie de necrópolis, siguen el sistema tradicional europeo, que se manifiesta, por ejemplo, con las espadas de antenas del tipo de la Tène, en las costas de Levante lo que se deja sentir es la influencia griega. Esto es de tener en cuenta para la clasificación de antigüedades, y en España, la verdad, hasta hace pocos años no se habían encontrado antigüedades fenicias. El hallazgo principal es el del sarcófago famoso de Cádiz, reproduciendo a la persona en la tapa, que guarda relación, por su carácter artístico, con las esculturas griegas anteriores a Fidias, del siglo v. A esta época vienen a pertenecer los hipogeos que se han descubierto en Cádiz. El señor Bonsor, en la vega de Carmona, ha descubierto también antigüedades fenicias: son marfiles grabados con figuras simbólicas. Lo ha relacionado con aquellas copas famosas del tesoro de Chipre, que revelan parentesco con el arte asirio. Se pueden clasificar como del siglo vii antes de Jesucristo. Estas son, hasta hoy, las antigüedades fenicias de más remota fecha. Después se ha visto que el comercio fenicio ha traído a España vasitos de vidrio de colores de los que usaban para colirios, pomadas, ungüentos de todas clases, hallados en se-

pulturas de Ampurias, en las púnicas de Ibiza, en sitios a lo mejor como el centro de España, en Cabeza del Griego (provincia de Cuenca); cuentas de vidrio, de las que se han encontrado muchas en Numancia, etc. De todo ello se deduce que el comercio fenicio debió penetrar en el interior y debió ser bastante activo en las costas.

La fecha de los vasitos en cuestión y de las cuentas corresponde ya, puede decirse a la época cartaginesa. Las sepulturas de Ibiza datan desde el siglo VI al siglo III, habiéndose comprobado también que la cerámica de las sepulturas de Ampurias tiene una fecha semejante. En las citadas sepulturas de incineración de Carmona se ha visto que fué colocado encima del cadáver, sobre el pecho, un vaso y un jarro. El vaso, por la forma de las asas, es de tipo cartaginés; por el contrario, el jarro tiene cierta relación con algunos encontrados en Italia. Pero juntamente con eso se encuentra en las mismas sepulturas de Carmona una serie de piezas cerámicas completamente cartaginesas. Desde luego lo son las lámparas consistentes en platillos con los bordes replgados.

Este sistema de lámparas de barro es típico cartaginés, y lo es también la cerámica pintada, de forma semejante a las piezas que se han descubierto en Ibiza. Esculturas cartaginesas se han encontrado en Tajo Montero; una serie de estelas, la principal, con la figura de Artemisa-Astarte, con el arco y la palmera, que es un símbolo cartaginés, el cual aparece ya en las monedas cartaginesas. Nos encontramos con un monumento de un carácter que puede

datar del siglo v antes de Jesucristo, y en cuanto a la influencia, griega.

También se han hallado en España, en el país levantino, bronce griegos arcaicos del siglo vi: un centauro, figura de persona en la parte anterior, y de caballo en la parte posterior. Es un bronce importado a España y encontrado en Rollos (provincia de Murcia); un sátiro encontrado en el Llano de la Consolación (Murcia). La fecha, siglo vi, concuerda con la de los vasos de Ampurias. En Ibiza, en las tumbas púnicas, se ha encontrado una serie de objetos, tales como huevos de avestruz pintados; es decir, convertidos en vasos, pintados por dentro de color rojo, y al exterior, con adornos. De esta clase se han encontrado también en las sepulturas de Carmona. Todo ello se debe al comercio que los cartagineses han mantenido con Egipto. Pero claro está, que esta serie de influencias tenían que producir un arte, y producir asimismo en los productos industriales los mismos tipos que reconocemos en los sitios de origen que quedan indicados. Vamos, pues, a examinar alguna de las antigüedades indígenas típicas.

Desde luego, reclamaba prioridad el toro de faz humana, procedente de Balazote, existente en el Museo Arqueológico Nacional. Se comprende, viéndole, que es una figura de simbolismo oriental; pero en el que se reconoce un barbarismo en su factura que se echa de ver está hecho por los indígenas. ¿Qué tipo puede ser éste, de faz humana, que pertenece al simbolismo caldeo? Debemos de creer que son los fenicios los que han traído esta clase de sím-

bolos a la Península, y que ha hecho posible que en una época, que debemos considerar anterior a la época de la fundación de Ampurias, sea cuando se haya hecho esta figura; y no sería aventurado suponer que ha sido en el siglo VII antes de Jesucristo, si no tiene mayor antigüedad. Esa época es una época de un gran adelanto artístico en Caldea-Asiria; es la época en que esos tipos artísticos y simbólicos han sido del dominio de la gente fenicia; es la época en que han podido traer ese tipo simbólico a España. Otro caso curioso le tenemos en la figura de león encontrada en Bogairente, y en la cual hay detalles de factura correspondientes al tipo duro, anguloso, simétrico, que hemos visto en la figura anterior; es decir, que la factura es asimismo oriental. El león es un tipo también del simbolismo oriental. Todavía podemos citar otro león, descubierto en Mérida, cuya postura guarda relación con la figura de bronce llamada Quimerá de Arezzo, que se conserva en el Museo de Florencia, y que se cree puede datar del siglo VI antes de Jesucristo.

Todas estas esculturas y otras cuya mención omito, obedecen a la influencia fenicia en España. Si pasamos a las esculturas propiamente ibéricas, nos encontramos con el busto de Elche, que nos da un tipo arcaico griego. Yo prescindiré de los adornos de esta mujer, esas caídas que recuerdan las de Troya, que puede admitirse como supervivencia de una moda muy antigua que se conserva aún entre las judías de Tánger; y dicho se está que estas supervivencias de modas se pueden registrar a través

de los siglos. En cuanto al estilo, la caída de paños es puramente griega y tiene su similar en la Minerva de Egina, del siglo v. El arte ibérico plantea, desde luego, un problema, y es este: ¿cuáles son los tipos arcaicos y cuáles los decadentes?

A este propósito conviene recordar que en las monedas autónomas, los tipos ibéricos son de un barbarismo que a alguien hizo creer que se trataba de monedas arcaicas, siendo hoy evidente que los mejores tipos son, en general, los más antiguos; su imitación decadente, los peores.

Hemos, pues, de considerar que las figuras del cerro de los Santos son también imitaciones de tipos buenos, como el busto de Elche. Siguiendo el examen de las esculturas ibéricas a través de la historia del arte, vemos aparecer figuras imitadas del arte clásico griego; de manera que se reconocen dos tipos: uno arcaico y otro clásico.

En cuanto a los broncees sucede lo mismo; algunos broncees ibéricos revelan, por una porción de caracteres, por el perfil, por la posición de la figura, su parentesco con broncees arcaicos griegos, como los encontrados en el santuario de Zeus en Dodona, que datan del siglo vi antes de Jesucristo.

Es de notar que el tipo arcaico, conservado, sin duda, por la tradición religiosa, se perpetuó hasta los tiempos de la dominación romana. Así lo patentiza el hallazgo de figurillas ibéricas de bronce en un santuario en Despeñaperros, pues con ellas se han encontrado monedas romanas. En toda esa región minera de la

parta alta de Andalucía se han encontrado de esta clase de objetos. Entre esas figuras, muchas están presentando ofrenda: son mujeres veladas y hombres en la postura de hacer oración a la tierra. Es la postura consagrada, con las manos hacia abajo. Por lo tanto, todas esas figuras son exvotos. Si de éstos pasamos a las fíbulas, el imperdible, la especie de broche, que como los iberos no han conocido el botón, es lo que empleaban para sujetarse la ropa; se ve que hay fíbulas típicas en España, si bien se da el caso singular, notado por Dechelette, de que la fibula de caballito se haya encontrado también en sepulturas peetruscas, a las cuales se ha dado una antigüedad del siglo VI antes de Jesucristo. Pero, a mi ver, en España adquiere mayor desarrollo y duración ese tipo, puesto que se han encontrado ejemplares en Numancia de la época de la destrucción de la ciudad, que fué el año 133 antes de Jesucristo, y, a mi ver, el tipo hispano hay que atribuirlo a la segunda Edad del Hierro. Son típicos de estas fíbulas los adornos en forma de círculo. Esta serie de adornos se ve también en la cerámica, y en Numancia se han encontrado ejemplares de ella. ¿Qué parte han podido tener en esto los ligures? Es punto todavía por resolver la venida de los ligures a España.

Ahora vengamos al aspecto puramente europeo, y nos encontramos con que en las necrópolis descubiertas por el señor marqués de Cerralbo se han encontrado hasta puntas de lanzas de hierro, del tipo de las de Hanstadt, de la primera Edad del Hierro, anterior, por

lo tanto al siglo v antes de Jesucristo, y en otras necrópolis, las armas que corresponden a la época de la Téne. De esta época son la mayor parte de las sepulturas descubiertas por el señor marqués de Cerralbo. El cementerio más típico es el de Aguilar de Anguita (provincia de Guadalajara). Allí las sepulturas se han encontrado formando calles, o sea líneas paralelas de tumbas, que dejan calles entre esas hileras. Se han encontrado las estelas funerarias de piedra, que, salvo una, no tienen ningún adorno. Al pie de la piedra se han encontrado la urna cineraria y las armas de hierro, con mucha frecuencia, las lanzas dobladas y las espadas también dentro de la urna cineraria o del hoyo en que fueron depositados. Lo típico es la espada de antena, y también se ha encontrado en cada una un husillo de barro, al cual el señor marqués de Cerralbo da una significación religiosa como símbolo del sol. No hago más que señalar todo ello como característico de la civilización del centro de España, de gentes que han vivido más apartadas de la influencia griega y de la influencia fenicia, y que se relaciona con la civilización del centro de Europa, de Suiza. A las armas se unen cuchillos iguales a los que se encuentran en Numancia, e igualmente el bocado del caballo, los husillos y las puntas de lanza. En las sepulturas de mujer, porque las mencionadas son las de caballeros, se han encontrado unos adornos verdaderamente singulares. Son piezas de adorno, broches, fíbulas, etc. Entre los adornos hay unas espirales, que aparecen perfec-

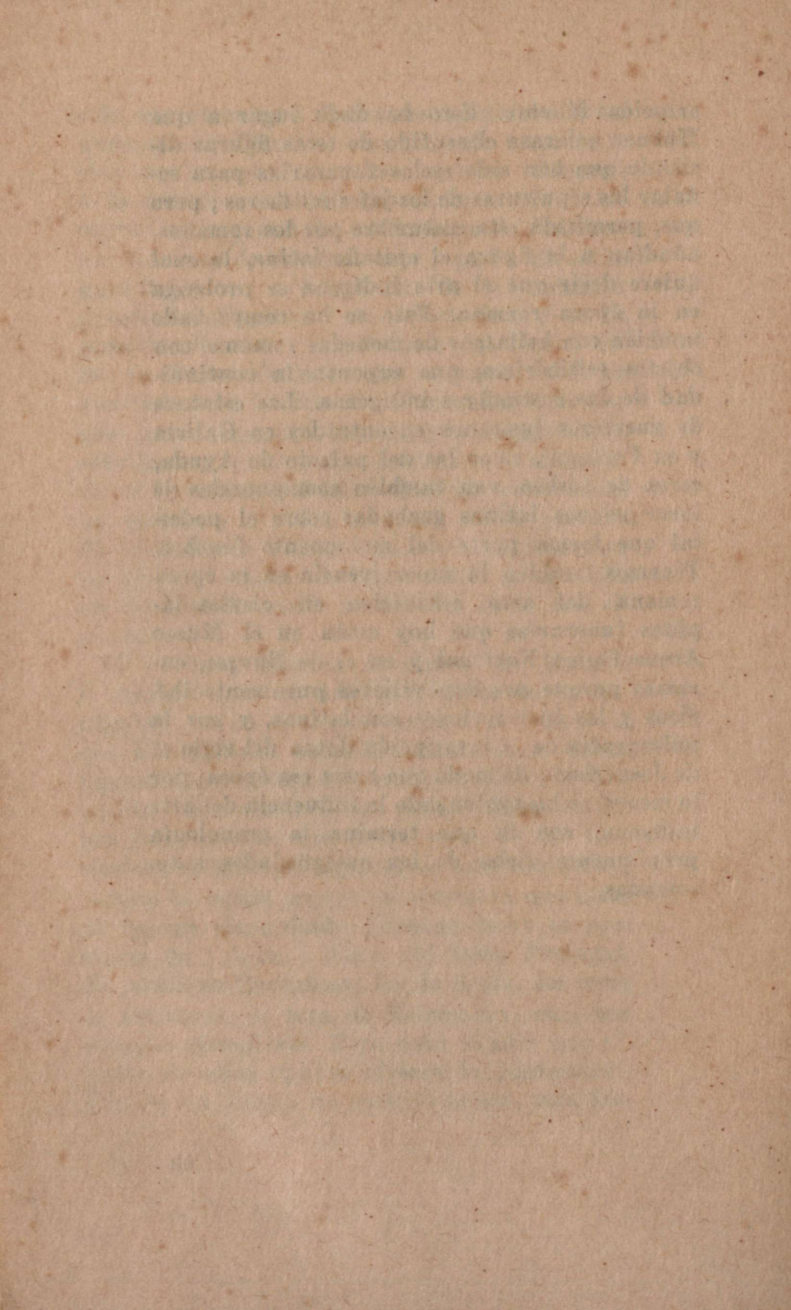
tamente representadas en una figura ibérica de bronce del Museo Arqueológico Nacional. Suelen ir acompañados, en las sepulturas de mujer, de unos hierros para colocar sobre la cabeza, de manera que mantuviera el velo en alto, como formando una especie de mitra. Recordad con cuánta frecuencia las esculturas del cerro de los Santos, de mujer, aparecen con mitra, y, relacionado esto con noticias que hay de algún autor antiguo, respecto a la afición de las españolas a llevar en la cabeza una especie de columnilla, sobre la cual anudaban o enroscaban el pelo, y todo ello lo cubrían con el velo, nos dan estos adornos de la sepultura de mujer la comprobación.

Si pasamos a la cerámica, tenemos en la de Numancia un tipo que enteramente parece de la Edad del Bronce; es decir, una copa trípode. Es una supervivencia de un tipo muy antiguo. Podríamos acaso dar un origen ligur a la cerámica negra con labor incisa; por lo general, círculos concéntricos. La influencia griega en España ha producido una industria importantísima de cerámica, puesto que se relaciona con la cerámica pintada griega, siquiera difieran los vasos ibéricos en varios puntos. En el Museo de Zaragoza existen vasos ibéricos pintados, de procedencia aragonesa, en cuya decoración predomina la línea curva, recordando en muchos puntos la decoración micénica. En Numancia se recogen muchos vasos pintados y en variedad grande. Los hay de un estilo libre, entre otros, uno en que se representa una especie de domador de caballos, con la representación del sol y la luna. Acaso se trata de una representación religiosa en rela-

ción con el culto a los astros rendido por los numantinos. El caballo no deja de tener relación con los caballos arcaicos griegos. Pasemos a la cerámica con dibujos geométricos, entre cuyos motivos está la estilización de las figuras humanas de caballos, aves y peces. El estilo geométrico es característico de la cerámica griega del Dypilon y aun posterior, y se ha considerado como un producto del Norte, como un nuevo elemento que la gente doria ha aportado a la Grecia. En Numancia, a la par que esos elementos rectilíneos, aparecen otros curvilíneos, círculos concéntricos, que son típicos de la cerámica ibérica. Aunque se reconozca un elemento o parte original en la pintura de la cerámica ibérica, menester es reconocer en ella un origen de importación griega que no ha podido venir a España antes del siglo VI.

Si venimos después al centro de España y consideramos el arte escultórico de la celtiberia, que no se parece nada al del Este de que hemos hecho mención, encontramos toscas figuras de cuadrúpedos, como el ídolo de Miqueldi, representando un jabalí. Estos ídolos nos dan un arte que se ve viene de un tipo clásico; es un tipo regional de arte celtibérico, porque la región en que se encuentra esta clase de figuras viene desde Durango hasta la provincia de Toledo, y desde ahí hasta Portugal. El jabalí de Cardeñosa, los de Avila, los toros de Guisando, el toro de Salamanca, etc., son notables ejemplares. Pero debo añadir que algunas de estas figuras ofrecen la particularidad de que tienen un epitafio latino, una ins-

cripción fúnebre. Esto ha dado lugar a que Hübner aclarase el sentido de estas figuras diciendo que han sido eselas funerarias para señalar las sepulturas de los jefes celtíberos ; pero que, permitida esta costumbre por los romanos, añadían a la figura el epitafio latino, lo cual quiere decir que el arte indígena se prolonga en la época romana. Esto se ha comprobado también con hallazgos de monedas romanas con objetos celtibéricos, que suponen la continuidad de las costumbres indígenas. Las estatuas de guerreros lusitanos encontradas en Galicia y en Portugal, como las del palacio de Ayuda, cerca de Lisboa, van también acompañadas de inscripciones latinas grabadas sobre el pedestal que forma parte del monumento fúnebre. Tenemos también la supervivencia en la época romana del arte celtibérico en ciertas lápidas funerarias que hoy están en el Museo Arqueológico Nacional y en el de Burgos, curiosas porque nos dan relieves puramente ibéricos y las inscripciones son latinas, y por la paleografía de la inscripción datan del siglo II de Jesucristo ; de modo que hasta esa época, por lo menos, se ha prolongado la influencia del arte indígena, con la que termina la cronología propiamente dicha de las antigüedades antero-romanas.



GB L 220

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99 100

Sig.: G.B. L. 220

.ieu Tít.: Cronología de las antigüedades

Aut.: Mérida, José Ramón (1856-1914)

Cód.: 1008383

